

LOS ESPAÑOLES Y LA DEFENSA

POR FERNANDO RODRIGO RODRÍGUEZ

La política de defensa y la política exterior de España se encuentran, como es lógico, en un proceso de desarrollo y, a diferencia de lo acontecido a finales de los años cuarenta en la mayoría de los países fundadores de la Alianza Atlántica, la opinión pública española está resultando un protagonista incómodo, y en cierta medida inesperado, de este proceso. Resulta, pues, legítimo empezar este Seminario preguntándose por las características de este actor insólito de la política de seguridad española, con el objetivo de conocer el margen de autonomía que pueden disponer los responsables políticos españoles en el proceso en curso de fijación de la política de seguridad de España.

Para comprender las características de la opinión pública en España en lo que se refiere a asuntos de defensa, hay que empezar por recordar que estamos hablando de un fenómeno nuevo y relativamente reciente en la historia política española. Y aún más, estamos hablando de un proceso inacabado, de una obra todavía sin fin. Recuérdese que para los españoles durante cuarenta años los temas de defensa no figuraban en la agenda de los problemas públicos; eran por definición «asuntos reservados», naturalmente, a los militares y al anterior Jefe del Estado. Los asuntos exteriores y los temas de defensa han llegado a los españoles de la mano de la democracia y lo han hecho un tanto de golpe, inesperadamente, en un contexto nacional e internacional muy difícil y complejo.

En 1983, en plena crisis de los euromisiles y a los pocos meses de la llegada al poder en España de un Gobierno socialista por primera vez en cuarenta años, el *International Institute for Strategic Studies* dedicó su 24 conferencia anual al estudio de los aspectos domésticos de la seguridad occidental, con especial atención al fenómeno de la opinión pública y su repercusión en el necesario consenso sobre la política de seguridad de cada país. En esta conferencia, Sr. Michael Howard, profesor de historia moderna de la Universidad de Oxford y actualmente presidente del I.I.S.S., estableció una diferencia fundamental entre dos aspectos de la política de seguridad de cualquier país, entre lo que él llamó *deterrence* y *reassurance*, que en español podríamos traducir por disuadir y tranquilizar. Según el profesor Howard, estos dos objetivos de la política de seguridad, disuadir al potencial enemigo y dar seguridad a la población, obligan a tomar una serie de medidas políticas que pueden estar en plena armonía, como ocurrió en los momentos fundacionales de la Alianza, o pueden ser contradictorias entre sí, constituyéndose en una fuente inagotable de conflictos internos para el Gobierno de un país.

La percepción del enemigo

El elemento clave que cohesiona una y otra línea de actuación política es, a mi modo de entender, la percepción del enemigo. Si la población de un país se siente claramente amenazada e identifica con precisión al agresor, estará intranquila y aceptará de buen grado e incluso exigirá que se tomen una serie de medidas para tranquilizarles, que lógicamente supondrán un aumento de la disuasión. Pero si la percepción del enemigo es escasa y la población se siente tranquila, todas las medidas que los responsables políticos, aconsejados por los expertos, tomen para aumentar la disuasión pueden tener el efecto de preocupar a la población. Disuadir y tranquilizar pueden ser objetivos de una política de seguridad, a un tiempo necesarios e incompatibles.

La percepción que del enemigo tienen los españoles, según los últimos datos que poseo procedentes de una encuesta realizada por el Centro de Investigaciones Sociológicas a finales de abril de 1987, es muy escasa y además está desenfocada. Únicamente un 23 % de los encuestados cree que existe actualmente un país que amenace seriamente la paz de España, mientras que un 50 % contesta rotundamente que no y un 18 % no sabe responder a esta pregunta. Interrogado ese 23 % que sí tiene sensación de que España está amenazada actualmente acerca de qué país constituye en su opinión la potencial amenaza, el 49 % contesta que los EE.UU, el 33 % la URSS y el 34 % Marruecos.

Algo parecido ocurre cuando se pregunta a los españoles cuál de las dos superpotencias representa a su juicio una mayor amenaza para la paz del Mundo. El 36 % contesta que ambas por igual, el 28 % los EE.UU. y el 15 % la URSS. Si la pregunta es acerca de la amenaza que las superpotencias constituyen para España, el 28 % contesta que ambos por igual, el 26 los EE.UU. y el 17 % la URSS. Y si entramos en el terreno del desarme, un 34 % de los españoles piensa que la URSS es la superpotencia que está haciendo un mayor esfuerzo para llegar a un acuerdo, el 17 % piensa que ninguna de las dos, el 9 % que ambas y únicamente el 8 % piensa que los EE.UU.

Estos datos no quieren decir que los españoles prefieran la URSS a los EE.UU. en términos económicos ni culturales. Un 45 % de los encuestados contestó que prefería que la vida económica española se pareciera a la de EE.UU. y sólo el 6 % contestó que a la URSS, y cuando la pregunta se refería a la vida cultural el 36 % repitió su elección por EE.UU. y el 13 % lo hizo por la URSS.

La percepción que los españoles tienen de la amenaza es, pues, muy baja y menor aún su identificación con la URSS o con el enemigo del Sur, a pesar de todos los tópicos. En esto la opinión pública española no difiere tanto de la existente en otros países europeos de la Alianza. La investigación más seria realizada hasta el presente en los países de la Alianza sobre la opinión pública y la defensa, de la que yo tengo noticia, auspiciada por el *Atlantic Institute*, concluyó en 1985 que para la opinión pública de la mayoría de los países de la Alianza la URSS es cada vez más un adversario normal.

Esto no quiere decir que para la opinión pública la URSS no sea percibida como un adversario, y como un adversario peligroso, y que no existan incluso entre ciertas capas de la población fuertes sentimientos antisoviéticos, lo que ocurre es que estos sentimientos cada vez se traducen más difícilmente en una sensación de amenaza a la seguridad nacional u occidental. Concluyen los autores con la afirmación de que en el futuro la política de seguridad occidental se podrá legitimar cada vez menos sobre la base de la amenaza soviética.

La disuasión nacional

Ante esta débil percepción de amenazas a la seguridad nacional, la tranquilidad de la que parecen gozar los españoles sólo podría ser alterada si existiera un sentimiento de poca confianza en el sistema nacional de disuasión. ¿Qué piensan los españoles de su sistema de disuasión? A la

pregunta de si las Fuerzas Armadas españolas están o no preparadas para defender a España de un ataque de otro país, el 35 % respondió que estaban muy o bastante preparadas y el 39 % que poco o nada. Y ante la pregunta sobre si las Fuerzas Armadas disponen actualmente de los medios necesarios para llevar a cabo las misiones que les están encomendadas, el 37 % contestó afirmativamente y el 32 % negativamente, mientras que otro 31 % no sabía responder a la pregunta.

Existe en este campo un cierto descontento con la situación, que posibilita al Gobierno un cierto margen de maniobra, que está aprovechando para sacar adelante un ambicioso programa de modernización del sistema disuasorio español. El límite a este empeño, por lo que a la opinión pública se refiere, viene dado por el monto de los gastos militares. Un 37 % de los encuestados piensa que en la actualidad estos gastos son excesivos, un 23 % que son adecuados y un 13 % que son insuficientes, mientras que un 27 % no sabe o no contesta. Sin embargo, un 30 % de los entrevistados cree que España gasta menos en defensa que otros países de Europa Occidental, un 20 % que igual y sólo un 9 % que más.

En la actual situación española el necesario equilibrio entre disuadir y tranquilizar deja, en mi opinión, más capacidad de acción a la política gubernamental dentro que fuera de nuestro país. Para comprender esta relativa ductibilidad hacia dentro de la política de seguridad española, es importante recordar el lamentable estado en que cuarenta años de dictadura de un militar habían dejado a las Fuerzas Armadas españolas. Unas Fuerzas Armadas que estaban organizadas y equipadas para combatir el enemigo interno o bien para intervenir en conflictos coloniales. No es de extrañar, pues, que la opinión pública de la España democrática apoye la transformación de las Fuerzas Armadas en el garante último de su independencia, en la línea de potenciar la profesionalidad de los militares españoles, a los que considera bastante o muy capacitados el 47 % de la población y poco o nada capacitados un 30 %.

La neutralidad y las alianzas

Y para explicar la dificultad que para la opinión pública supone asimilar el cambio que está realizando hacia afuera la política de seguridad de este Gobierno, hay que recordar la ausencia de los españoles de los grandes conflictos europeos desde la época de las guerras napoleónicas. Ausencia que la imaginación popular se explica no como marginalidad y postración de

España, sino como fruto de una decisión libre y soberana del pueblo español, quien en su sabiduría habría sabido anteponer su amor a la paz a cualquier otra consideración de interés político o económico. Planteamiento éste que convierte en empresa absurda el empeño de asociarse a cualquier alianza defensiva, que conseguiría más bien implicar a España en conflictos que no son suyos que defenderla de enemigos que no tiene.

La neutralidad sería, pues, la política natural para España, afirmación que todavía hoy es respaldada por gran parte de la población española. En la encuesta se planteaba a los entrevistados la hipótesis de que estallase una tercera guerra mundial y se les preguntaba de qué lado preferían que estuviese España. La mayoría de los encuestados, un 51 %, optaba por la neutralidad, un 23 % por los EE.UU. y los países occidentales y sólo un 4 % se alineaba del lado de la URSS y de los países del Este.

A estas alturas de la exposición ya es posible definir algunas de las características de la opinión pública española ante los problemas de seguridad. Débil percepción de amenazas, falta de identificación de potenciales agresores, cierto descontento con el sistema nacional de disuasión y resistencias a verse involucrada en conflictos más allá de sus fronteras y, por tanto, a participar en ningún sistema de alianzas.

La relación con EE.UU.

A todas estas notas hay que añadir un fuerte rechazo a la guerra como forma de solucionar los conflictos. Para los españoles todas las guerras de que guardan memoria han sido guerras civiles o guerras coloniales con un coste humano excesivo. La guerra es un mal en sí misma, de alguna manera, el peor de los males posibles. Una vez más este rasgo lo comparte la opinión pública española con la de otros países europeos de la Alianza. La investigación auspiciada por el *Atlantic Institute*, antes citada, concluye que la clave para entender la actitud de los europeos occidentales ante la política de seguridad es su sentimiento ante la fuerza militar, sea ésta del Este o del Oeste.

Este sentimiento explicaría en el caso de la opinión pública española y, probablemente ocurra lo mismo con la de otros países, las actitudes de rechazo ante la política de seguridad de los EE.UU. Ya hemos visto cómo un 26 por 100 de los españoles piensa que los EE.UU. es la superpotencia que representa una mayor amenaza para España. Esto es debido, sin duda, a que el despertar de la opinión pública española a los problemas de la seguridad occidental, ha coincidido con la fase más dura de la era Reagan.

Pero también a la visibilidad que para los españoles tiene el poder militar norteamericano, a través de sus instalaciones militares en España.

Estos dos elementos conducen a que, en abril de 1987, un 48 % de los españoles apoyara al Gobierno cuando éste planteó la posibilidad de romper el actual convenio defensivo con EE.UU., si este país no aceptaba reducir considerablemente su presencia militar en España, frente a un 18 % que no estaba de acuerdo con esta posibilidad. Y esa actitud era debida a que para un 40 % de los españoles la retirada de fuerzas norteamericanas de territorio español disminuiría el peligro de guerra para España, frente a un 14 % que pensaba que la aumentaría. La consecuencia de todo esto es que un 40 % de los españoles es partidario de que nuestro país se aleje de la posición que mantiene actualmente con los EE.UU., mientras que un 24 % es partidario de mantener la posición actual y un 13 % de que se acerque.

La defensa europea

No ocurre lo mismo con respecto a Europa. Las dificultades que la opinión pública española pueda tener con los países europeos, considerados uno a uno, desaparecen cuando se trata de una Europa unida. Para los españoles, Europa, a diferencia de los EE.UU. que apoyó durante décadas al general Franco, ha sido durante los últimos treinta años la esperanza de obtener de una vez para siempre, democracia y bienestar económico.

En este sentido es interesante constatar que, a mediados de mayo de 1987, el 50 % de los entrevistados afirmaban que la entrada en la CEE había sido una cosa buena para España, el 23 % que no había sido ni buena ni mala y el 11 % que había sido mala. Y si se pedía a los encuestados que concretaran en que aspectos había sido buena, el 62 % afirmaba que para el funcionamiento de la democracia, el 47 % para el desarrollo de la economía, el 66 % para la modernización social de España y el 70 % para el papel de España en el Mundo.

La defensa de Europa puede, por tanto, tener sentido para los españoles, tanto más si de esta manera se altera la actual posición en materia defensiva con respecto a los EE.UU. Una defensa de Europa planteada más en términos de reafirmar la identidad europea y de potenciar su autonomía de las dos superpotencias, que en términos de confrontación con la URSS o refuerzo del liderazgo norteamericano. Sin olvidar los límites presupuestarios y la prioridad de la reorganización del sistema de disuasión nacional.

El consenso español

La opinión pública española está actualmente sometida a un complejo conjunto de tensiones. En ella se confrontan planteamientos ancestrales firmemente anclados en la memoria histórica de los españoles, con elementos modernizantes que, con mucha dificultad y lentitud, están siendo introducidos por los sectores más dinámicos de la élite política y cultural española.

A través de un difícil y doloroso proceso España ha alcanzado en los últimos años un precario consenso en materia de política de seguridad, un consenso que alcanza a todos los partidos políticos parlamentarios con excepción del PC de España. Un consenso que cristaliza en las condiciones necesarias para permanecer en la OTAN, que fueron votadas en referéndum. Unas condiciones de las que sólo un 41 % de los encuestados unos días después del referéndum, a finales de marzo de 1986, se consideraban satisfechos, mientras que un 39 % se consideraban poco o nada satisfechos y un 20 % no sabía o no contestaba a la pregunta.

Un consenso en definitiva que sólo se nos ocurre definir con las palabras de Baudelaire en *Mi corazón al desnudo*:

«El mundo no funciona más que por el malentendido. Por el malentendido universal todo el mundo se pone de acuerdo. Pues si, por desgracia, llegaran a comprenderse, jamás podrían ponerse de acuerdo».

GRUPO DE TRABAJO "H" CONCIENCIA NACIONAL
DE LA DEFENSA

IDENTIDAD NACIONAL